

# Sobre susurros y rejuntos

## Una cartografía anímica de la cuestión social



Noelia Sierra y Sabrina Giuliano entrevistan a Ignacio Gago  
y Leandro Barttolotta\*

Ignacio Gago y Leandro Barttolotta son sociólogos, docentes y forman parte del colectivo Juguetes Perdidos. Son autores del libro *Implosión. Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad*. El diálogo con ellos es una invitación a afinar el oído y a revisar las categorías con las que se nombran las vidas populares, las maneras de registrar los verbos que utilizamos “con los que se habla y se interviene” (2023: 108) y los desafíos en la formación profesional que emergen en los nuevos escenarios vinculados a la intervención social, las políticas sociales y la vida cotidiana.

Ahondar en la cuestión social “desde abajo” implica desplegar otro lenguaje de investigación y escritura que permita percibir lo latente, ampliar la imaginación política y sociológica e intentar una “genealogía de la precariedad *a la argentina*”, refieren los autores. Al distanciarse de una metodología vinculada a dar luz y forma a problemáticas sociales que persisten con sus propias conexiones y flujos, encuentran en las cartografías su modo de trabajo y visión política.

\* Sabrina Giuliano es licenciada y profesora en trabajo social (UBA) y se encuentra realizando la tesis para obtener el título en Magister de Género, Sociedad y Políticas (FLACSO); participa de grupos de investigación y activismo sobre estudios urbanos y de género; integra el Seminario sobre Género, Afectos y Política (FFyL-UBA); es profesora en UNPAZ y en posgrado en la Universidad Torcuato Di Tella. Noelia Sierra es Trabajadora Social; magíster en Intervención Social; doctoranda en Ciencias Sociales; docente e investigadora en UNPAZ y UBA. Ignacio Gago y Leandro Barttolotta son sociólogos, docentes y pertenecen al colectivo Juguetes Perdidos.

En este encuentro, invitamos a lxs lectores a una conversación que busca entender las formas actuales sobre relieve: lecturas y experiencias que desbordan los sentidos preestablecidos y configuran otros modos para el hacer, para el pensar y desde donde sentir.

**Sabrina Giuliano (SG):** Ustedes publicaron un libro en 2023 que fue muy pertinente porque captó las configuraciones de la cuestión social y sus principales expresiones en un momento donde las ciencias sociales venían replicando categorías que ya no daban muchas respuestas. Lo trabajaron desde la idea de implosión, como ese conflicto silencioso que no fue percibido.

Como primera pregunta, nos gustaría poder adentrarnos en la noción que llaman *implosión social* ¿Qué elementos y fuerzas la componen? ¿Qué hace a su naturaleza? ¿Cuándo creen ustedes que se empieza a configurar la idea de implosión social?

**Ignacio Gago (IG):** Podríamos decir que “implosión” es un concepto sociológico –como parte de un armado que incluye otros conceptos– pero además es un concepto político. También es producto de una labor política y perceptiva que sostenemos desde el colectivo Juguetes Perdidos que conformamos nosotros dos y otro compañero más. La primera vez que aparece el concepto implosión es en un libro que se llama *¿Quién lleva la gorra?* –que este año cumple diez años–, desde ahí siempre fue mutando el concepto: ganando más densidad conceptual. En el terreno más político creemos que la noción de implosión nos sirvió para intervenir en el debate desde una disputa más perceptiva en la discusión de lo social: la realidad de las mayorías populares, los modos de procesar los conflictos, los modos en los que opera la precariedad, los vínculos y las formas de vida en el contexto de ajuste de guerra, de la precariedad que hoy es *campo de juego*.

Eso, por un lado, y, por otro lado, como concepto más sociológico, ahí nuestra insistencia es siempre mantenerlo vivo como un método de trabajo, de investigación permanente y no tanto como una palabra etiqueta, una palabra diagnóstico, algo que explica todo y listo, una palabra fetiche. Al contrario, lejos de eso, volverlo como *maquinita de investigación*. Por eso siempre insistimos en nombrar desde el gerundio, de pasar del concepto de implosión a lo social implosionando. A registrar ese movimiento y eso, que nos sirva para seguir explorando, ¿no?

**Leandro Bartolotta (LB):** Uno de los propósitos del libro fue sentarnos a tratar de refinar el concepto, generar precisión, redefinirlo en términos teóricos. En todos estos años el concepto fue apareciendo como metáfora o como una figura o como adjetivo. La idea de lo implosionado como un adjetivo o un atributo de barrios o de juventudes o de vidas laburantes. Por un lado, hablaba de cierta potencia, en el sentido que estaba tocando una fibra sensible, o que estaba mencionado algo de un clima de época, por decirlo rápidamente. Pero, por otro lado, se estiraba tanto que ya perdía la capacidad de conceptualizar, que era lo que a nosotros nos preocupaba un poco. La idea de implosión aparece desde nuestra genealogía de la precariedad, era parte de la investigación que llevamos a cabo desde el colectivo Juguetes Perdidos, que lleva más de quince años. Siempre se trató de pensar la situación precaria de la Argentina con acento *argentino*, como decimos nosotros. Y en la investigación de esa precariedad fue que apareció

la noción de implosión. Nos parecía que se visualizaba muy fuerte una serie de representaciones, o un catálogo de imágenes sobre la noción de estallido, que por momentos era lo único que se aprecia con fuerza al momento de pensar situaciones de crisis económicas o al momento de pensar situaciones de violencia social. Entonces, ahí nos parecía que un montón de escenas de la vida cotidiana que nos topábamos en esta investigación no podían ser leídas desde ese registro. Empezamos a pensar esa idea originaria de implosión, que lo que decía básicamente era que la implosión es un estallido pero que ocurre hacia adentro, hacia un adentro no necesariamente espacializable sino hacia un interior incluso insondable, muy complejo de investigar. Aparece con una especie de conflictividad silenciosa que se traga a sí misma, entonces no deja muchos signos o señales dando vueltas. A diferencia del estallido que tiene el catálogo de imágenes, cierta espectacularidad, cierto ruido y que inmediatamente convoca a una tensión social, a nosotros nos parecía que esta idea de implosión estaba ahí como germen, o intentaba nombrar algo que no ingresaba en cierto imaginario político. Por eso también lo que decía Ignacio, gran parte de nuestra sociología política siempre apostó a ensanchar ese imaginario: qué se quiere sobre lo social, qué entiende cierto lenguaje político o cierto lenguaje sociológico. La idea del libro fue darle cierta precisión, para pensarlo de una manera teórica sin perder nunca de fondo esa cuestión de implosión y precariedad. El gran pasaje de esa primera noción de implosión hacia *lo social implosionado* o *lo social implosionando*, como decía Ignacio, es la forma que adquiere el lazo social en la precariedad. Entonces ya desde ese lugar nos metíamos en una sociología de fuerzas –de estados de ánimos– que inauguraba otra investigación: más que una sociología que pensaba en términos de lo anómico, pensar una sociología en términos de lo anímico. Nos alejamos de ciertas imágenes de tensión o de desborde de lo social, de ciertas imágenes de anomia o de caos. A veces hay palabras o imaginarios que por ahí contribuyen a definiciones que son un poco concluyentes; en cambio, queremos que sea una invitación a investigar algo que incomoda o inquiete un poco.

**Noelia Sierra (NS):** El libro es una provocación, ¿no? La idea de implosión o de una sociedad implosionando como un concepto, una idea con una gran capacidad explicativa. Una herramienta que permite empezar a nombrar, delimitar, ordenar ciertas escenas que uno va viendo en los barrios, en los territorios, en las familias, en el encuentro con estudiantes en la facultad y que explica algo del lazo, ¿no?

En este sentido, y volviendo al libro, ustedes abren la puerta para un análisis respecto al tipo de sociedad y la necesidad de una nueva cartografía de la cuestión social –que se diferencia de la ya clásica “nueva cuestión social” (Castel, 2001; Rosanvallón, 1995)– a partir de la cual se proponen analizar “perspectivas y fuerzas antes que sujetos fijos o identidades”. Desde estas configuraciones que son muy claras –y que también remarcan una invitación para las ciencias sociales y para la intervención/activismos– nos gustaría que nos puedan compartir su perspectiva respecto a cómo se organiza la vida social en los barrios, en las familias, en las instituciones cuando lo que sobrevuela es la precarización social. Incluso recuperando la figura nueva de “hipermovilidad del pobre-trabajador”, la lógica del endeudamiento, la inflación, etc. ¿Qué hoja de ruta consideran necesaria para revisar la intervención en la cuestión social?

**IG:** Ahí creo que se puede entrar por esta cuestión de la precariedad, como la segunda palabra clave del libro, y que es entender la precariedad no como falta o como algo a reparar o como cosa a restituir o a contener, sino como *campo de juego*. Nosotros decimos una precariedad totalitaria que ya es *campo de juego* de lo social y que toma todos los aspectos de la vida, que no se puede segmentar en demandas o en partes, como precariedad laboral, por un lado, de vivienda, por otro, de transporte, por otro, lo que sea. Nosotros pensamos la imagen del continuo y de la precariedad como continuo, y ahí es donde se despliega la vida social y donde el lazo social toma esta forma de lo social implosionando. Empezar por ahí, marcando eso y ahí sí hay una huella generacional grande en construir la precariedad de esta manera, y es también un llamado permanente a investigar y a hacer un mapeo de esa precariedad más por lo que produce: el tipo de lazo que produce, el tipo de experiencias, el trabajo que produce, el tipo de convivencia en los barrios, las nuevas fronteras que va armando esa precariedad, las nuevas jerarquías que se van armando ahí adentro. Porque a la precariedad le decimos *campo de juego*, pero no es igual para todos, entonces se van armando distintas fronteras ahí, y todo depende de cuán cerca estás de ese fondo precario, de qué redes tenés que te separen de ahí. Se arma inmediatamente un método de trabajo cuando entendés la precariedad así y te obliga sí o sí a ir con ese método más de cartografía. De ir midiendo esos límites. La pregunta por el límite es muy propio del libro y de entender la precariedad así y la implosión como lazo, hasta dónde te alejas de ese fondo, qué conjuras, ritualidades y formas de estar juntos se arman ahí y todas esas cuestiones. Es clave correrse de la idea de anomia, como decíamos recién, y también de la idea de una precariedad o una implosión como algo que está ahí y que uno llega y ve cómo lo resuelve. No es que se llegue a un barrio implosionado o a una escuela o una institución implosionada, la cosa es investigar eso social implosionando desde otro lado.

**LB:** Con relación a la hipermovilización, nosotros tuvimos una hipótesis durante el año pasado: “antes de una sociedad derechizada, hay una sociedad cansada”. Además de la provocación y de no asignar fácilmente categorías ideológicas a realidades que eran muy complejas –sobre todo en el interior de las mayorías populares–, también era una forma de salir de cierto imaginario de la quietud o de la resignación o de la pasividad o del famoso “no pasa nada”. Nosotros veíamos todo lo contrario, lejos de pasividad, lejos de quietud, lejos de resignación hay un aceleracionismo de lo precario, jugábamos un poco con esa idea. Porque es un nivel de hipermovilización y de cansancio de mayorías populares exhaustas, pero que tienen que continuar con esa misma forma de vida, que tienen que continuar sosteniéndose con esa precariedad de fondo. Entonces remarcamos la idea de la hipermovilización y la idea del cansancio, y siempre reponiendo ese fondo de una sociedad precaria que explicaría, entre otras cosas, que cuando una crisis económica se intensifica, a mayor inflación, mayor es el cansancio, porque hay mayor movilización desde la búsqueda de ofertas, la búsqueda de ingresos y de lo que sea. Pero no hay un cuerpo popular que se aquieta, todo lo contrario, hay un cuerpo popular que se acelera, y ahí está la pregunta de los límites, de los umbrales de soportabilidad, de los *vueltos* anímicos, biológicos, de lo que sucede con ese nivel de aceleración, que extiende lo humano hasta límites que realmente rozan lo inquietante. Y parte de esa hipermovilización está relacionada con la intranquilidad. Un cuerpo social hipermovilizado es un cuerpo social intranquilizado. Hay algo en la intranquilidad que también es inquietante, ¿no?, que no es tan fácil de diagnosticar, que no es tan fácil de decir “esto le sirve a la derecha”, es mucho más complejo lo que

pasa. Por eso siempre esta cuestión de la cartografía lo que te permite es estar en movimiento y, a su vez, tratando de pensar aquello que se mueve sobre un territorio inédito. Vas dando pasos con cierto cuidado, porque te vas encontrando con cosas que no conocés del todo. Por eso también decimos que el libro y estos apuntes teóricos son una invitación a delimitar un campo, en el cual aparecen conflictividades... La idea de “nuevos” conflictos ya está muy cliché, la nueva cuestión social, el nuevo conflicto... Por eso insistir en conflictividades que son inquietantes, que no se pueden rápidamente ver, *linkear*, entrelazar con un imaginario previo o a una bibliografía previa, o a cuestiones que más o menos uno rápidamente puede clasificar, diagnosticar. Esto es algo que implica una demora al momento de pensarlo, de habitarlo, de registrarlo, de escucharlo. Entonces se da cierta tensión: por un lado, es una cierta apuesta a una cartografía que vaya a otra temporalidad y, por otro lado, una hiperaceleración de vectores hasta el enloquecimiento, ¿no? Se da ese choque permanente. Más allá de provocar o sacudir cierto imaginario que quizás está un poco anquilosado, una de las cuestiones que sobre todo buscamos es que no tengan tanta fuerza preguntas que funcionan desde un regodeo de la impotencia. Me refiero a preguntas sobre la quietud, la resignación, la pasividad.

**IG:** Una cosa más para agregar es que una sociología de las implosiones es una *sociología anímica*, es algo clave esa cuestión. Entendiendo lo anímico en su materialidad, esto que estamos diciendo: el cansancio, la tranquilidad. Pensar las intensidades de un lazo social recargado en medio de la precariedad. Que no se lo lleve todo únicamente el punto de vista moral o moralizante o psicologizante, o que se privatice la cuestión de los estados de ánimo y, en cambio, entenderlo más en clave sociológica. Eso nos parece importante, es la hoja de ruta de esta cartografía, de una investigación sobre *lo social implosionando*.

**NS:** Algo del posicionamiento de quién se dispone también a pensar estas cartografías móviles. Siendo, estando... muchas veces escuchamos lo que hay que escuchar institucionalmente o esperamos lo que hay que esperar en el marco de un territorio: cómo ubicarse para poder entender, mirar, analizar, pensar de otro lugar. Y esto está siendo muy difícil, ¿no? Porque no solo nos permite encontrar palabras para empezar a arrimar, a nombrar algunas cuestiones, sino que es una invitación a ubicarse en otro lugar, mirar con otros ojos.

**SG:** Tenemos muy latente el 2001, entonces ante estas situaciones coyunturales siguen presentes esas imágenes. También sobre el registro más “romántico” –sobre todo en sectores populares– del lazo social que se arma desde lo comunitario en momentos de crisis. Entonces la idea de *lo social implosionando* nos parece que es necesaria para complejizar la mirada sobre esos lazos precarios en la hipermovilización e intranquilidad. Lazos que son endebles en cierto punto, se hacen y se deshacen. Porque también creemos que es un poco su característica para poder moverse ya que, si no quedan más estériles, pierden esa potencia de poder vivir en el cotidiano.

Para hacer puente con nuestra siguiente pregunta sobre la relación entre *susurros* y *rumores*, pos-1990 nos encontramos con la revisión de la distancia del Estado en relación con la gente y la producción de

diversos dispositivos asociados a un Estado “cercano”, “presente”, que entienda las necesidades sociales. Sin embargo, pareciera que este modelo quedó desacoplado de las exigencias actuales. Entonces, siguiendo este eje de pensamiento nos interesa poder abordar la dimensión de los *susurros* que ustedes analizan: esos *murmillos* que indican el pulso de lo social más “silvestre” diferenciándolo de los *rumores* como una escucha más preformateada por la gama política tradicional que tiene encasilladas unas respuestas. Esos *susurros* que ubican en “un opaco más acá de lo social” (2023, p: 74) ¿Cómo registran esa escucha?, ¿cómo disponen ese oído fino? ¿Cómo se escuchan esos *murmillos* para que puedan ser inteligibles para el Estado, si es que creen que pueda suceder? ¿Qué costos tienen para nuestras modernas y disciplinadoras instituciones darles un lugar a los *murmillos*?

**LB:** Me quedé pensando en la cuestión de la pregunta por el estallido. Sucede que la misma lógica, o el mismo sistema de expectativas de un estallido, presenta una mirada de algo por suceder, algo de profecía, ¿no? Nosotros decíamos que estamos hablando de sociología más que de profecía. Entonces lo *social implosionando* es algo que ya está ocurriendo, que ya está aconteciendo. Por eso proponíamos pensar más en la idea de rejunte, pero no en una idea de rejunte que tiene una carga peyorativa, moral, que únicamente se lo asimila a la idea de hacinamiento y se lo contrapone a una idea de comunidad en la cual hay otro tipo de lazos, sino *rejunte* como un modo posible de habitar esa sociedad precaria. Tiene cierta plasticidad porque estamos habitando una sociedad en la cual esos *rejuntes* tienen que mutar y reconfigurarse en otra cosa. En cambio, lo que caracteriza a las tramas comunitarias es la solidez o cierta perdurabilidad que se pierde en los orígenes del tiempo. Es algo que lo mencionamos mucho y me parece que también está relacionado con la idea de los rumores. Bueno, siempre lo que pasa con la lógica del rumor es que por ahí tiene, o es rastreable, el sujeto que lo emite, ¿no? Se puede rastrear o no de dónde sale ese rumor, lo que seguro va a pasar es que eso va a ser escuchable. Vos a un rumor le vas a prestar atención y enseguida va haber un oído para ese rumor. Esa diferencia entre *rumores*, *murmillos* y *susurros* la pensamos para un artículo que salió en medio de la pandemia. Más que esos *rumores*, que son algo que entra dentro del orden de lo escuchable –así como el estallido entre dentro del orden de lo visible–, bueno, los *susurros*, los *murmillos*, los silencios son algo más difícil de escuchar. También es complejo poner imágenes o figuras, porque lo terminamos cerrando y creando un catálogo de lo que tendría que ser un *susurro* y no es la idea. Pero sí estar más atentos a una escucha que sea un poco más artesanal, que sea una escucha para aquello que te inquieta. Nosotros decimos que donde hay un quilombo raro, donde hay un “garabato de lo social”, algo que no es del todo comprensible *a priori*, ahí hay algo que está implosionando. Ahí hay que prestar atención detrás de esa frontera que no captura cierto oído político que no escucha, bueno ahí hay que meterse con esos *murmillos*, con eso que pasa bajo el umbral de escucha pública o militante o de un punto de vista del Estado, hay que prestarle atención a eso. Y habitualmente lo que sucede es que no se escuchan esos *susurros*, esos *murmillos* y demás. Por eso no es tanto una cuestión de geolocalización, sino que es una noción de ubicación desde el ámbito de lo perceptible, o de un desplazamiento de lo sensible. No es necesariamente georreferencial, vos podés estar en un barrio 24 x 7 y lo único que escuchás son los *rumores* que te vienen a decir la gente. Por supuesto que estar tiene toda una serie de riquezas en

cuanto a la información sensible social, vital y demás, pero no se trata solo de eso. Podés estar, llegar a un barrio y preguntarles a dos o tres referentes y tener siempre el mismo guion.

**IG:** Si, por eso la primera disputa es una disputa perceptiva, que ya es una manera de intervenir de otra manera, en cómo ver, cómo escuchar, cómo posicionarse en el espacio, cómo combatir lo que nosotros decimos el *régimen de obviedad*, pensando y discutiendo con la mirada más palaciega, con la Política con mayúscula, que también incluye a veces a cierto discurso académico. Hay que romper con esa cuestión de lo obvio, de los guetos, de hablar siempre el mismo idioma y entre nosotros. Eso también está en el fondo de salir a pescar estos signos de lo social mutando y cómo armar nuevas herramientas para acercarse a eso. Y ahí hay una cuestión: pensar esto de los murmullos, los susurros, los silencios, el cuerpo, los interiores, los adentros, la crisis estallando del lado de adentro de las casas, de las instituciones, de los cuerpos... desde esta microsociología, por decirlo así, se pueden pensar grandes cosas, como el realismo popular, cómo viven las grandes mayorías, cómo se piensa una institución o cómo se piensa una política pública. También está bueno romper esta falsa dicotomía que se puede armar entre lo micro y lo macro, entre el *susurro* y la gran voz pública, etc.

**NS:** Suele ser un registro costoso para las instituciones escuchar de ese modo o escuchar otras cuestiones. Ahí hay un desafío enorme para politizar esta sensibilidad: implicaría colocar una pregunta respecto a, por ejemplo, cómo miramos lo que miramos o desde que lugares lo hacemos. En esto digo que me parece que es costoso, es caro poder hacer un desplazamiento de estas lógicas ya preformateadas.

**LB:** Si, cuando hablamos de terror anímico nos referimos a que hay una distribución desigual y combinada de la precariedad. Es decir que no todos estamos expuestos de la misma manera a ese fondo aterrador de la precariedad. Y lo mismo pasa con la carga implosiva de *lo social implosionando*, ¿no? De acuerdo con ciertos segmentos, a ciertos cortes, a ciertos posicionamientos, a ciertos espacios dentro de una geografía, hay diferentes niveles de carga explosiva dentro de ese *social implosionando*. Y pensaba esto porque vos hace un rato comenzabas con una descripción de un estudiante con un ataque de pánico, podría ser tranquilamente una descripción de algo que te pasa a vos misma. La cartografía siempre empieza por el propio cuerpo que trata de desplazarse y de volverse territorio de investigación e ir anejando otros tramos de la ciudad, por los viajes, por los espacios por los que uno transita. Pero hay algo de la misma inmediatez de ese *social implosionando* por lo cual uno se cruza o se atraviesa, bueno ahí hay algo para investigar. No necesaria o únicamente se trataría de un trabajo de extensión, para decirlo rápido, por el formateo de todo un diagrama institucional, sino que la investigación empieza por algo del orden de lo anímico y por ende de lo íntimo, pero una intimidad que es pública. Y hay algo de la intranquilidad de lo anímico, si hay algo que tiene la intranquilidad es que atraviesa fronteras institucionales de todo tipo. La intranquilidad es re “contagiosa”. Vos estás con alguien que está intranquilo y te intranquilizás. Entonces no es tan fácil de geolocalizarlo, no se trataría tanto de decir barrios implosionados y barrios que no, juventudes implosionadas y juventudes que no, sino que lo que van a variar son los niveles de carga implosiva, los niveles de exposición a ese terror anímico, los umbrales de cansancio, pero cansancio, intranquilidad y *lo social implosionando* es algo que caracteriza a la precariedad.

**IG:** Está bueno pensar el cuerpo y el estado de ánimo como las guías de esa investigación, y eso también incluye a las instituciones, en esta hipótesis que trabajamos en el libro. Cómo las instituciones llegan hasta donde los cuerpos se pueden extender y sostener, y cómo se reconfiguran también las funciones, los roles, el alcance, el sentido de lo que hace cada institución en lo social implosionando. Entonces, no es que, por un lado, está la institución, la escuela, la universidad, el lugar de trabajo y, por otro lado, ese afuera, *lo social implosionado*, sino al contrario, lo social implosionado es el propio *campo de juego* y eso obliga a repensar un poco la propia definición de institución, ¿no?

**NS:** Un modo de repensar lo institucional es a partir de *qué verbo sos*. Para nosotros también es un modo diferente de pensar la misión, los objetivos de las instituciones, pensar de *qué verbo sos*. Surge también otro registro u otro modo de poder mirar lo que uno siempre mira, lo que uno está acostumbrado a mirar desde el marco del trabajo social. Es muy valiosa esta idea de los límites de las instituciones, la elasticidad de los límites, de lo institucional en clave del oficio, del verbo en el oficio. En quién pone el cuerpo, su sensibilidad y una mirada en ese encuentro con otrxs. Me parece que hay un registro para pensar de otro modo, o con otros elementos, *lo social implosionando*. El lugar que ocupa la acción, el movimiento, pensar el oficio a partir del verbo: ¿sostengo, acompaño, cuido, curo, gobierno? Aparece ahí otro modo de ubicarse en la institución implosionando. Por eso queríamos saber cómo surgió esa idea de los verbos.

**LB:** Está buenísimo y agradecemos que traigan ese apartado que no se suele mencionar en las entrevistas, nos gusta particularmente por todo lo que implica, cuando jugábamos con esa idea de los verbos de Estado, pensábamos que hay una intervención que se pone en juego y por ende hay una percepción, hay una manera de sentir, hay una manera de habitar las instituciones. También para pensar que hay otro tipo de acciones, de verbos y de movimientos. Es una invitación a renovar un vocabulario, agregarle verbos para que se metan un montón de experiencias. Porque a veces también como que el mismo repertorio o el mismo idioma que utilizamos tiene algo de densidad, ¿no? Desde nuestra experiencia “mapear”, “tantear”, manejarse con otros tipos de movimientos –incluso más ambiguos– que trataban de registrar otro tipo de planos quedaban aplastados detrás de las lógicas de esos verbos mayúsculos estatales o desde el punto de vista estatal. Entonces es un poco una invitación a que cada quién piense sus propios verbos.

**NS:** Pensar *qué verbo es* uno en lo institucional también da un lugar en ellas. Y eso es muy dignificante incluso para un tiempo difícil para quienes habitamos instituciones públicas, ¿no?

**SG:** Revisando nuestro recorrido, pensaba acerca del armado sobre *qué verbo y qué rejunte sos*. Porque también vas teniendo diferentes *verbos* en las instituciones que habitas y eso conlleva a los *rejuntes* que vas armando. Como una trama que se va gestando y que quizás sea solo para una ocasión, una situación... y se desarma y se vuelve a armar otro *verbo y rejunte* con otra fuerza. Muchas veces pasa

que hay verbos que no cuadran en la lengua estatal, o en la lengua institucional, entonces hay que elucubrar qué movimientos hacer para que eso entre de alguna manera y componga otras fuerzas, ¿no?

**IG:** Está bueno, porque eso habla de la artesanidad de este método de laburo, que se vuelve posibilidad de una alianza –en su momento decíamos “alianzas insólitas”–, qué sería, con quiénes te aliás para dar esta disputa perceptiva, para extender los límites de tu rol, de tu función, del programa. Y después, lo otro que aparece es la cuestión de la ambigüedad, esto no es para nada una tarea feliz y buenista, digamos, hay un peso fuerte en la ambivalencia, que puede llevarse puesto al propio rol, al cuerpo. La propia institución rompe el código que creíamos más o menos establecido, más o menos común. Eso es también el material con el cual hay que trabajar, que es inherente a este mapa.

**LB:** Todo aquello que no se piensa también puede traer *vueltos* que son un garrón, en términos de que cuando no tenés ese tipo de registro sensible de lo que uno va haciendo aparece la reproducción de toda una discursividad que no encarnaba en la cotidianidad de lo que pasaba en ciertas instituciones.

En nuestro laburo de investigación, que lleva casi dieciséis años, hay mucho material que va a hacer encarnar mejor esa denuncia, esa impugnación, esa protesta, si realmente puede meterse en esas sensibilidades que están en pugna, en esos organismos en disputa. Si realmente puede meterse con los cuerpos que existen, con lo que uno se topa cotidianamente en las instituciones, en los barrios, en la vida cotidiana. Entonces nunca dejar esa investigación permanente que, por supuesto, para nada es algo que pueda bloquear otro tipo de políticas, otro tipo de nociones. También hay una idea de “anomia” de la que siempre intentamos correr porque nos parece que tiene toda una pereza sociológica de fondo. Ahora se usa como diagnóstico “riesgo de anomia” y dejan todo en una cierta posición de quietud o de comodidad. En cambio, hay que ponerse a investigar el detrás de lo que se llama “anomia”. Es un peligro todo eso que no se puede investigar, que no se puede enunciar, porque a su vez le hace perder muchas veces carne o corporalidad a la protesta o a formas de activar, a la forma de la denuncia. Entonces siempre nos pareció que son dos planos que tienen que ir juntos. Ahí está, casi en el plano de lo anecdótico, esta idea de que “investigar es un lujo”. No es para nada un lujo conocer cómo se lleva a cabo una política pública, qué imaginario la respalda, qué tipo de lenguaje se utiliza, qué significa que intervenir es percibir, qué forma de escucha uno tiene. Son cuestiones claves. ¿Cuántos silencios no se intentó investigar?

**IG:** Si, además, después de esa frase de que “investigar es un lujo”, “ahora no porque no se puede”, etc., viene la segunda parte, que es querer comprender todo de golpe. Un gran acontecimiento que se cree que resetea todo y querer comprenderlo, entender y ponerle palabras, etiquetas, nombre, recién cuando nos estalló en la cara. Y eso conlleva a la lógica más del sujeto, de querer buscar una causa, un sujeto, congelar... volver a todo ese aparato perceptivo.

**SG:** Claro, además ante la “anomia” la respuesta es refundar otro “nuevo contrato social”. Está esa carta que ya se tiene armada para jugar rápidamente, y que también sigue apartando esos *murmillos* que están ahí, ¿no?

Ya venimos hablando de todas estas notas o tonalidades afectivas sobre la configuración de este momento sociohistórico. Entonces nos preguntábamos por el cansancio, el terror anímico, la intranquilidad que se ven, quizás, como afectos “negativos”. ¿Qué hace hacer estos afectos? ¿Hay cierta agencia afectiva, cierta fuerza vital en estos afectos?

**LB:** A mí me parece que está bueno tomar esa idea de “negativo” pero por la carga de negatividad que puede tener. Porque si hay algo que tiene la intranquilidad, o que tiene el cansancio, es precisamente que son signos ambivalentes. Por eso también en el último artículo decíamos que desde el Gobierno medio que se creía que se tenía todo controlado, como que inmediatamente se percibe y se representa el descontento popular, y nosotros como una alerta decíamos: no es una cuestión de que está todo asegurado, de que el cansancio y la intranquilidad significan derecha gobernando. No es así porque no se sabe lo que puede salir de una sociedad cansada y no se sabe qué puede salir de la intranquilidad tampoco. Porque la intranquilidad no es fácilmente traducible a un discurso político, a un discurso ideológico, no es tan fácil de representar. Incluso si no se hace todo este trabajo de percepción de qué implica hoy en día la intranquilidad anímica con el endeudamiento, con la crisis o con lo que sucede... y lo mismo con el cansancio. Entonces, para nosotros no es que necesariamente de un *afecto triste* no puede salir nada, ¿no? Porque ahí sí estaríamos haciendo lo que llamamos un diagnóstico. Es una manera de indeterminar algo, porque incluso un cuerpo cansado no tiene tiempo de escucha de lo público y de lo político, sea cual sea el signo de lo político o de lo público. A veces hay un clima de creer que las mayorías populares están muy atentas a todo lo que pasa, y la verdad que muchísimas veces no sucede eso, ¿no? Entonces pensamos en esa ambivalencia para revisar esas ideas, para mover ahí ese tipo de enunciados.

**IG:** Sí, y el énfasis ahí en pensar este tipo de afectos, cansancio, intranquilidad, con un acento profundamente materialista. Con todo eso hay que trabajar, con eso se opera, con eso hoy trabaja una institución, un programa social. Nosotros como investigadores, como militantes, como trabajadores sociales, tenemos que lidiar con esa materialidad. Partir de ahí, nunca esperando que se tranquilice la cosa... Parecido a cómo pensamos la precariedad: no como falta, como algo a reparar, sino como campo de juego. Esta cuestión de los afectos va por ahí, y también con el problema de que dejar pasar toda una serie de ambivalencias, si no las atajamos y las alojamos desde un aparato perceptivo y de intervención, quedan huérfanas y regaladas a un discurso que rápidamente podemos decir “de derecha” o al discurso mediático o mercantil que puede conectar fácilmente con todos esos afectos más oscuros.

**LB:** Esto vuelve a vincularse con la idea de lo anímico como una economía de fuerzas, ¿no? No solo como el sondeo de emociones que pueden ser volátiles o que pueden oscilar. No es un sondeo de climas, sino que es algo que realmente las fuerzas anímicas estructuran subjetividades, digamos. Por ejemplo: nunca se pensó durante todos estos años en la inflación, la inflación como guerra a las vidas populares, nunca se la pensó desde el cansancio que provoca la inflación, nunca se pensó en el recorrido de precios, en el estrés. Esa dimensión se hizo con economicismo, no solo se subestimó la cuestión de la devaluación y el deterioro del salario, sino que tampoco se pensó de manera vital, anímica, desde esta materialidad de los afectos y de los cuerpos, lo que iba provocando la inflación. Bueno, fuerzas anímicas

implican otro tipo de economía vital y los cuerpos cansados también están cansados porque están en una *guerra*, que es la forma que adquiere la crisis económica, siempre con esa precariedad de fondo. Lo anímico es algo mucho más profundo, es algo que está relacionado con la materialidad de las formas de vida, el cansancio de lo que implica mediar con un motón de violencia social. Hay un montón de pliegues que van cansando un cuerpo, un montón de vectores que lo van cansando. Y que eso no es tan fácil de modificar o de traducir a la política.

**NS:** Por último, queríamos mencionar que también el libro trae una invitación a algo más vinculado al encuentro ya que lo anímico atraviesa a todos. Digo, cómo cartografiar las intensidades que se generan en un encuentro. ¿Qué sucede ahí?

**IG:** Está bueno eso del encuentro que produce conjura, ¿no? Nosotros usamos la palabra conjura a la precariedad. Cómo el encuentro puede provocar una conjura, un efecto de distancia con ese fondo lacerante de la precariedad, con la implosión, con lo belicoso, y medir los encuentros más por lo que se produce ahí, por cómo se arman esos efectos de distancia, esas maneras de estar que te separan un poquito de ese trasfondo.

**SG:** Bueno, creemos que recorrimos varios de los temas que queríamos conversar con ustedes, aunque siempre el diálogo habilita mucho más. Muchas gracias por compartirnos sus pensamientos, miradas y palabras.

**IG:** Bueno, muchas gracias a ustedes, por esta invitación, la lectura y la difusión. Nosotros también entendemos siempre los libros como una instancia más de investigar y de hacer alianzas con otros.

**LB:** Siempre apostamos a esa circulación que realmente se mueva y se combine con esos afectos de estar expuestos a los realismos. Son apuntes para eso también, para acompañar ese tipo de intervenciones, de laburos y de alianzas con cotidianidades laborales cansadoras como las que vivimos. Así que gracias.

## Referencias bibliográficas

Barttolotta, L. Gago, I. (2023). *Implosión. Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Castel, R. (1995). *La metamorfosis de la cuestión social*. París: Gallimard.

Rosanvallon, P. (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires: Manantial.